

## Ángeles y solitarios



Ramón Díaz Eterovic

# Ángeles y solitarios



EDITORES INDEPENDIENTES

ERA, México/LOM, Chile/TRILCE, Uruguay

TXALAPARTA, País Vasco

[www.editoresindependientes.com](http://www.editoresindependientes.com)

*Título:* Ángeles y solitarios

*Autor:* Ramón Díaz Eterovic

*Portada:* Esteban Montorio

*Edición original*

© 2000 LOM, Chile

*Para esta edición*

coedición: Editorial Txalaparta/LOM Ediciones

I.S.B.N.

84-8136-364-2 (Txalaparta)

956-282-323-7 (LOM Ediciones)

Editorial Txalaparta s.l.

Navaz y Vides 1-2

C.P. 78

31300 Tafalla

NAFARROA

Tfno. 948 703 934

Fax 948 704 072

[txalaparta@txalaparta.com](mailto:txalaparta@txalaparta.com)

[www.txalaparta.com](http://www.txalaparta.com)

Tafalla, mayo 2004

LOM Ediciones

Concha y Toro 23

Santiago

CHILE

*Fotocomposición*

arte 4c

*Fotomecánica*

arte 4c

*Impresión*

Gráficas Lizarra

*Depósito Legal*

NA. 1399-04

Txalaparta

A  
Sonia  
*por compartir  
el viejo oficio de amar y escribir*

A  
mis hijos  
Valentina, Alonso y Ángeles  
*por la hermosa magia de sus existencias*

*Guardaré mansamente las cosas de vivir,  
mi pequeña poesía de adioses y de balas,  
mi tabaco, mi tango, mi puñado de esplín.  
Me pondré por los hombros de abrigo todo el alba,  
mi penúltimo whisky quedará sin beber.*

Horacio Ferrer

## Primera Parte

# Capítulo 1

**Y** de pronto, el silencio. Nada que decir. Solo a una hora en que el ruido de los vehículos que pasaban por la calle taladraba las paredes del departamento, y el aire brumoso de la ciudad se detenía en la ventana a través de la cual acostumbro vigilar los movimientos del barrio, el ir y venir de su gente por aquellos rincones que resisten cargados de memoria y pequeñas miserias cotidianas. Llevaba quince minutos observando el sobre encima del escritorio, junto al cenicero de ónice repleto de colillas y la copa habitual de vodka. Nada que decir. El galope de los fantasmas alrededor del escritorio y la repentina imagen de aquella mujer emergiendo del recuerdo con la solidez de una navaja. La copa, las colillas; la atracción del sobre, quieto, invitándome a descubrir su interior. En una de sus caras, mi nombre: Heredia; en la otra, tres letras; la inicial que me regresaba a una noche de cinco años atrás en la que conocí a esa mujer, bella y fugaz, como todas aquellas a las que estaba condenado a llevar conmigo más allá de cualquier encuentro casual.

Tomé el sobre y jugué con él entre los dedos, como si fuera el naipe de la suerte en una partida reiteradamente

mala. ¿Qué podía decir de nuevo? Probablemente nada que cambiara la situación entre los dos. Las estampillas pegadas en el sobre tenían el matasello impreso en Buenos Aires, y pensé que en su interior habría otra postal, similar a las tres anteriores, con reproducciones de pinturas que a los dos nos gustaban. Chagall, Hooper, Botticelli. Su pregunta. ¿Cómo estás? Y la huella de sus labios rojos, intensamente rojos y añorados en instantes que prefería olvidar, pero que a menudo se repetían como el implacable tic tac del reloj.

Puse el sobre encima del escritorio y estudié las alternativas para dejar morir ese día del modo menos miserable. El vodka era poco, insignificante como las alas de una mosca hundida en el retrete, y las paredes del departamento parecían más estrechas que de costumbre. Podía salir a caminar. Ir al bar de la esquina para conversar de hípica con el mozo y escuchar las conversaciones incoherentes de los últimos borrachos. O entrar al Mamá Sam, el cabaré donde siempre encontraba una muchacha dispuesta a estar a mi lado a cambio de dos o tres martinis y algo de paciencia para escuchar su penosa historia, real o inventada, de madre soltera. No era mucho ni me importaba. También podía tomar las llaves de mi auto y salir a recorrer las calles del centro a ver si lograba levantar algún pasajero que justificara el dinero invertido seis meses atrás para disfrazar mi automóvil de taxi. Una idea descabellada, producto de varios meses sin trabajo, porque como decía Stevens, mi vecino, el ajuste económico comprimía los bolsillos y ya no quedaban maridos celosos dispuestos a invertir sus ahorros en conocer los pasos secretos de sus mujeres. Pero no perdía la esperanza, y la placa de bronce clavada en la puerta de mi oficina seguía identificándome como detective privado; un oficio tan solitario como el de las putas y los escritores.

Encendí un cigarrillo y resistí tres segundos la mirada de *Simenon*, que me observaba con sus ojos luminosos y burlones, de vuelta de todos los tejados, sin otra utopía que comer a diario su pescado, y conservar un rincón tibio en el departamento. Estaba recostado sobre las zapatillas de tenis que había comprado en el mercado persa de la Estación Central, después de escuchar el sermón de un

médico que me aconsejó dejar de fumar y hacer ejercicios para reducir la dolorosa rigidez de mis huesos. Buen consejo, de no ser porque el matasanos se había fumado seis de mis cigarrillos durante la consulta y el grosor de su cintura delataba la obesa falsedad de su prédica.

—Hazlo de una maldita vez —dijo *Simenon*—. Te mueres de ganas por saber qué hay dentro del sobre, y sólo tu estúpido orgullo te impide abrirlo.

—¿Alguien solicitó tu consejo?

—Es gratis, Heredia. Te tengo cariño, ya lo sabes.

—¿Cariño? Seguro que encontraste esa palabra en el diccionario y la usas sin saber qué carajo significa.

—¡Abre el sobre! Te encanta recibir cartas y pasear con ellas en los bolsillos para imaginar que alguien te quiere. ¿O tienes miedo?

Me puse de pie. Comprobé que las llaves del Lada estaban dentro de mi chaqueta y caminé hacia la puerta. El edificio parecía desierto, y desde algún departamento del piso superior llegaba la voz de Vladimiro Mimica relatando el partido de fútbol entre la Universidad de Chile y la Unión Española. Abrí el sobre y entré al ascensor. Cuando llegué a la calle ya conocía su contenido. La mujer del pasado anunciaba su viaje a Santiago. Calculé las fechas señaladas al dorso de la postal y deduje que aquel era el tercer día que se alojaba en el hotel Comet, a seis o siete cuadras de mi departamento, tan cerca como no había pensado tenerla nunca más.

Busqué dos monedas de cien pesos en los bolsillos de mis pantalones y me detuve junto a la cabina telefónica instalada frente a la tienda Bata del barrio. Una voz engolada y fría me recitó la presentación del hotel que tenía tantas estrellas como el cielo en noches de verano. Quise preguntar por ella y no pude. La voz repitió su cantinela y colgué el fono con desgano. Después ajusté el nudo de mi corbata y abandoné la idea de abordar el taxi que me esperaba a media cuadra de distancia.

Deseaba emplear el tiempo en algo que me hiciera olvidar. Deambular por el barrio o quizás ver una película para detener la furia de lo inevitable. Esa marea azul que

me cubría como sudor malsano y me obligaba a morderme los labios para no tomar a alguien del pellejo y zamarrearlo por causas que ni yo mismo entendía. Hastío, ganas de estar en otra parte o desaparecer en algún pueblo junto al mar. Todas soluciones malas e inútiles. Nadie se ilusiona a los cuarenta y cinco años cuando arrastra golpes interiores, pequeños y reiterados recortes en el optimismo, dudas cada día más espesas y profundas. Sí, nada que decir. Igual que los personajes de Onetti, me sentía tan solo y tan lejos como siempre.

## Capítulo 2

**L**a Cámara siguió el despegue del avión hasta que éste se esfumó en la pantalla del cine al que había entrado junto a media docena de muchachos que vestían de negro, y llevaban los cabellos cortos y aritos en las orejas. Quince o dieciséis años distintos a los míos: melenudos, en plena época de Los Beatles, la guerra de Vietnam, los afiches del Che, las películas de Fellini, cigarrillos americanos y condones comprados tímidamente en la farmacia más anónima de la ciudad.

El acomodador del cine bostezó con aspavientos a mi espalda, y una gorda vestida de colegiala comenzó a masticar la que podía ser su última gomita mentolada. Bogart encendió un cigarrillo, levantó el cuello de su impermeable, y acompañado de Renault, su amigo policía, caminó hasta extraviarse en el horizonte gris de la pantalla. Un aire helado me golpeó la espalda cuando leí la palabra fin; y tres filas más adelante, un muchacho desgarbado aplaudió hasta que se convenció de que Bogart no saldría a retribuir sus aplausos. Quizás él, o ese otro al que llamaban Rick, regresaría alguna vez a Casablanca, donde siempre lo esperaría la Bergmann y sus labios pintados con el rojo más

intenso de la noche. Pero «nadie vuelve a Casablanca, como nadie vuelve a lo que más amó», recordé mientras abandonaba el cine al que había entrado en busca de esas imágenes que necesitaba para enfrentar el reencuentro. La frase era de Germán Arestizábal, mi amigo dibujante con el que solía beber en el Galindo o algún otro bar del barrio Bellavista, mientras en las veredas paseaban algunas muchachas irremediablemente bellas y lejanas. Una frase de los años ochenta, marcados con las huellas de lo oscuro, tristes como apaleo de perros.

Recorrí cinco o seis cuadras, disfrutando el murmullo de la gente que a esa hora deambulaba por el paseo Ahumada. Seres hechos de otra madera, diferente a las de aquellos que por las mañanas se daban de codazos para llegar a un lugar que, finalmente, no tenía importancia. Luego entré al City Bar a beber una cerveza. Saqué el sobre que llevaba en la chaqueta y releí la dirección de mi departamento, ubicado en la calle Aillavillú, cerca de la Estación Mapocho, en el barrio que a diario me abrazaba con sus olores a frituras y borrachos. El departamento tenía tres habitaciones en las que se desparramaban mis libros, un escritorio metálico y el afiche desde el cual Rommy Schneider conservaba la delicadeza de sonreír para mí. Lo demás era mi gato *Simenon* y el destino inalterable del solitario que intruseaba en las vidas ajenas. El edificio estaba frente al quiosco de Anselmo, y a dos cuadras del Servicio de Investigaciones donde trabajaba mi amigo, el comisario Dagoberto Solís, a quien habían reincorporado en su puesto por algún misterioso albur de eso que llamaban los nuevos tiempos. Un gesto para marcar una leve diferencia con la época de las botas militares y hacer creer a los ingenuos que algo había cambiado, aunque el poder siguiera vestido de uniforme.

—¿Te acuerdas de ella? —me pregunté al tiempo que trataba de encontrar la imagen de mi rostro en la copa.

—A veces.

—¿Mucho o poco?

—Lo suficiente.

Bebí la cerveza y salí a la calle. Anochecía, y en la plaza de Armas comenzaban a despedirse los pintores que

durante el día vendían sus cuadros o caricaturas a los turistas que recorrían la plaza, contentos de hallar un breve oasis verde en medio de tanto edificio gris. En la esquina poniente del Portal Fernández Concha, dos hombres fumaban y parecían vigilar el paso de los apurados transeúntes de esa hora. Los miré con desconfianza al pasar junto a ellos, y caminé hasta quedar a los pies del monumento a los mapuches. Cerca, un predicador adventista se arrepentía de su pasado alcohólico y dos niñas andrajosas vendían ramos de violetas. Era el espectáculo de siempre, que se extendía hacia el río Mapocho en una confusión de bares roñosos, toples y rincones que servían de refugio a las patotas de mandras ganosos de robar sus últimos centavos a los borrachos que trastabillaban por las veredas.

Pensé en la mujer que me había enviado la carta y dejé atrás la plaza, encaminándome en dirección al Cerro San Cristóbal. La gente andaba de prisa y los automóviles se atropellaban al final de cada cuadra. Pasé frente a la feria de artesanías ubicada frente a la Escuela de Derecho y seguí hacia Bellavista, esquivando los codazos de jóvenes ansiosos de convertir esa noche en una fiesta memorable. Al llegar a los pies del cerro, comencé a subir por un sendero de adoquines, rodeado de árboles y murmullos. Escuché a los lejos los chillidos de los monos del zoológico y me detuve tres o cuatro minutos a recuperar el aliento y observar la imagen de la Virgen del Cerro San Cristóbal con sus brazos extendidos al infinito. Desde lo alto, Santiago era una fiesta, y aunque no tuviera la magia del París de Hemingway, aún sobrevivían dos o tres lugares en los que se podía beber sin la agresión del acrílico o los vendedores. También estaban sus calles colmadas de vehículos y el esmog imponiéndose con el tranco duro de los primeros conquistadores. Amaba a Santiago como a una vieja amante que sólo abandonaría cuando encontrara un trozo de playa desde el cual oír el mar y la música de Mahler, sin otra preocupación que respirar aire puro y dejar que los días hicieran su juego, lejos de toda ilusión. Aspiré el perfume de los jazmines que crecían a mi alrededor, y a semejanza de una lechuza, observé la oscuridad de los rincones anónimos donde las parejas se acari-

ciaban, y el tiempo, lo sabía muy bien, se detenía en abrazos tan breves como el deseo.

Disfruté de ese momento hasta que algo en mi interior me dijo que se trataba de un espejismo. La cara oculta de una moneda falsa. Abajo había otra ciudad, y me bastaba rehacer el camino para reencontrar mi barrio, sus bares y el olor a humedad que me despertaba cada mañana, antes que el arrullo de las palomas anidadas en los techos del edificio. Miré la ciudad y silbé con fuerzas hasta que un pájaro nocturno respondió de mala gana. En algún lugar allá bajo se encuentra ella, me dije, y caminé hasta llegar frente a mi oficina.

Al entrar descubrí que no tenía luz en el departamento. Pensé en reclamar al conserje, pero ya era tarde y nada que no fuera su enemistad obtendría con sacar al hombre del embobamiento de la teleserie nocturna. Di unos pasos dentro de la habitación y tomé del escritorio la novela de Luis Sepúlveda que leía en la última semana. Salí de nuevo a la calle y me senté en la escalinata del edificio, iluminada ampliamente por la luz de un farol. Cuando llevaba veinte páginas de lectura, escuché el ruido de unos pasos que se detenían. Levanté la vista y vi a Dagoberto Solís que resoplaba con dificultad después de movilizar su vientre por las calles del barrio.

–¿Acabas de instalar una biblioteca pública o te cortaron la luz? –preguntó, al tiempo que se sentaba a mi lado.

Traté de sonreír y lo miré a los ojos. Algo en ellos me hizo presagiar el miedo de otras épocas.

## Capítulo 3

**L**a bomba o como se llame en la actualidad –dijo Solís al llegar a la calle Bandera y entrar al bar que en la década de los años treinta había tenido su etapa de oro, al igual que el Hércules, bar frecuentado por Neruda y sus amigos. Uno de ellos, el escritor Diego Muñoz, había pintado un mural en sus paredes; venía llegando de Quito y al reencontrarse con Neruda se reunieron, como solían hacerlo, en el Hércules. Una noche, alentado por la falta de dinero, el poeta convenció al dueño del restaurante que Muñoz era un afamado pintor ecuatoriano y que por una paga adecuada, traducida en botellas de vino y cervezas, podría pintar el mural que daría más prestancia a su boliche. El trato se cerró y Neruda y sus amigos comenzaron a beber a cuenta del trabajo que Muñoz concluyó sin que el dueño se atreviera a objetar ninguna de sus líneas o figuras.

El Hércules, al igual que otros bares de la barriada, se había transformado paulatinamente en tugurio de mala muerte y toples para, finalmente, acabar en depósito de ropa usada. Su nombre estaba asociado a la bohemia del Zeppelin y a una época en que la gente soñaba sin pensar en cálculos económicos y metáforas sobre jaguares y triunfos de cartón piedra.

A la entrada de La Bomba, y luego de separarse del tragamonedas del que salía la pastosa voz de Yaco Monti, una polilla nocturna puso su aliento cargado de cerveza a la altura de mis labios. Me invitó a visitar el Andes, un volteadero<sup>1</sup> del vecindario al que arribaban las patines<sup>2</sup> con sus clientes y algunas parejas sin mucho dinero en los bolsillos. Sonreí y le di a entender que iba acompañado de un tira<sup>3</sup> que, si bien no era aficionado a las redadas ni a oliscar las entrepiernas de las putas, se ponía nervioso en el ambiente donde había trabajado en sus inicios como policía. La mujer, morena y algo desaliñada, hizo una mueca de asco y se alejó de prisa hacia una mesa ocupada por tres hombres malencarados que miraron de reojo a Solís y se fueron del salón antes de que ella terminara su relato.

—¿Qué quería la mina? —preguntó Solís al tiempo que se dejaba caer sobre una silla con la suavidad de un oso cansado.

—Negocio. ¿Qué otra cosa? —respondí—. Estamos viejos para entusiasrnos con putas.

Habían pasado seis meses desde la noche en que Solís visitara mi oficina para comentar la oferta de reincorporarse al Servicio de Investigaciones. Dudaba entre la tranquilidad de su retiro anticipado en Quintero y las ganas de volver a un trabajo que al cabo de varios años estaba unido a su sangre. No sacas nada con quitarle el culo a la jeringa, le dije después de oír sus dudas y ablandarle el cerebro con tres vodkas tan certeros como el hacha de un leñador.

Había engordado desde ese último encuentro. Su vientre flotaba apenas contenido por la camisa de rayas negras, que vestía en total desacuerdo con su chaqueta blanca y la corbata verde confeccionada para alguien menos voluminoso. Su rostro cansado, y los párpados que latían nerviosamente me hicieron dudar sobre la conve-

---

1. Volteadero: lugar clandestino destinado a relaciones sexuales.

2. Patines: prostitutas.

3. Tira: policía.

niciencia del consejo que le di entonces, animándolo a volver al trabajo, del que había sido dado de baja a causa de un lío con agentes de la seguridad militar.

Solís ordenó una botella de Santa Emiliana y luego se quedó viéndome con cierta expresión de rechazo.

–No empieces con alusiones sobre mi aspecto –dije–. El tuyo daría para varias horas de comentarios.

–Hace tiempo que renuncié a darte consejos. Tenía curiosidad por saber de ti. ¿Cómo te va con las investigaciones y tu pega de chofer?

–Igual que siempre. Tengo el taxi y me contrató una empresa de cobranzas bancarias. Dos veces a la semana me dan un listado de tipos morosos que han desaparecido del mapa. Pregunto por ellos aquí y allá, y de vez en cuando doy con sus nuevos domicilios. Es simple y me pagan puntualmente.

–Obedeciendo órdenes y sonriéndole a jefecitos de bigotes duros. Mala cosa, Heredia. ¿Te mandaste a imprimir tu tarjetita de ejecutivo de cuentas? –Es sólo un trabajo temporal que dejo de lado apenas llega una pega seria.

–Todo es temporal. Lo sé desde hace cincuenta y tres años, el mismo día en que nací. Ése es el problema.

–Uno de los problemas.

–Ambos sabemos que nuestro oficio es algo que se aprende y respeta. Me lo dijiste una noche similar a ésta y yo retomé mi trabajo, aunque eso significara volver a tratar con pendejos, y que mi mujer se mandara a cambiar.

–No me habías contado, Solís.

–Hasta hace tres meses pensaba que era algo pasajero. Un asunto de rabieta y cariños en la espalda. Pero la verdad es más seria. Nunca le gustó mi trabajo. Los horarios, las noches fuera de casa, el peligro, las malas juntas, según ella. Todo eso fue mellando nuestra relación. Después, cuando me dieron de baja, respiró tranquila y las cosas mejoraron entre los dos. Pero, para mí no era fácil conformarme con estar en la casa y atender el bar que instalamos en Quintero. Escuchar letanías de borrachos y

servir vinos aguadaos no es algo que ilumine. Cuando le dije que volvía al Servicio prefirió quedarse en la playa y cortar con lo nuestro. Mis hijos se solidarizaron con ella. Me acusaron de egoísta y de no preocuparme de la familia. ¿Qué podía decir? Yo sólo quería volver al trabajo.

–¿Entonces?

–Cuento breve. Vivo solo en un departamento de dos ambientes, como alimentos fríos y mis camisas ya no soportan más arrugas.

–Parece un fragmento del Apocalipsis.

–Pero no lo es, Heredia. Cada día es un maldito comienzo. Tengo más de cincuenta años y me cuesta reconocer que estoy solo y debo empezar todo de nuevo.

–Tengo tiempo y el vino es bueno. Si quieres desahogarte, filosofar o cantar boleros, te puedo escuchar la noche entera.

–No es mi intención, Heredia. Quiero hablar de hoteles.

–¿Hoteles? –pregunté, intuyendo que la parte social de la visita de Solís llegaba a su fin–. ¿Una minita a la que no sabes a dónde llevar? Tengo algunas tarjetas...

–Hoteles, Heredia. Esta tarde estuve en el Comet. ¿Lo conoces? Lujo, alfombras, tipos finos y japoneses hasta debajo de las almohadas.

–¿Quieres decirme algo importante o sólo ejercitas tu filosofía barata?

–En el Comet encontraron a una mujer muerta. Sobredosis de anfetamidas, al parecer, ya que los resultados de la autopsia aún no están listos. Joven, bonita y sin antecedentes. Llevaba dos días alojada en el hotel. Revisamos su pieza y no encontramos nada que haga suponer robo o violación. Todo estaba en orden, como para pensar que se trata de un suicidio. Ninguna huella extraña. Nada de qué asirse hasta que pedí el listado de las llamadas que había hecho desde el hotel. Muchos números, y entre ellos, el tuyo, Heredia.

Creí ver que el rostro de Solís se expandía hacia los lados hasta cubrir el espacio que había entre él y las pare-

des del bar. Sus ojos exploraron mi reacción. Busqué apoyo en la cubierta de la mesa y luego hurgué en los bolsillos de mi chaqueta hasta encontrar la carta.

–O sea, alguien que te conocía –insistió Solís.

–Fernanda –dije, instintivamente, sintiendo que en mi interior, algo indefinido comenzaba a desmoronarse como esos muros de barro que no resisten otra lluvia más.

–Tu amiga periodista. Supuse que recordarías su nombre.

–Fernanda Arredondo –agregué, recobrando la imagen del tiempo en que la había amado con el entusiasmo de los solitarios. Después, medí el silencio transcurrido desde las últimas palabras de Solís y creí ver un telón oscuro sobre el espacio del bar.

–¿Cuándo la viste por última vez?

–¿Estoy en tu lista de sospechosos?

–Para algunos de mis colegas podría resultar fácil tomar tu nombre y construir un cuento de horror con él. Quiero saber si la viste durante los últimos días y si tienes alguna idea de lo que ocurrió.

Saqué lentamente la postal que traía en mi chaqueta y la deslicé sobre la mesa hasta que estuvo al alcance de Solís. Podía repetir cada palabra escrita en ella, y en ese momento, al recordarlas, un sentimiento de culpa me hizo saber que había dejado pasar muchas horas antes de ir a verla.

–La recibí hoy –comencé a decir–. Hasta entonces no sabía que estaba en Chile. Hablamos de ella alguna vez. Nos conocimos de casualidad, o eso creí al comienzo. Me ayudó en la búsqueda de un niño cuyos padres habían sido asesinados en Villa Grimaldi. ¿Recuerdas? Estaba vinculada a israelitas que cazaban jerarcas nazis en latinoamérica.

–Lo recuerdo –dijo Solís luego de beber otro sorbo de vino–. Llevaba algunos meses instalado en Quintero.

–¿No volviste a verla después?

–Nunca.

–Hasta hoy.

–Leí la postal y salí a caminar para reunir ánimo antes de visitarla.

–¿Mantenías contacto con ella? ¿Tienes alguna idea de lo que pudo pasar?

–Me envié tres postales, con saludos y esas preguntas típicas que se escriben a la rápida en el aeropuerto o en el correo. Desde que nos despedimos, hace cinco años, nunca supe a qué estaba dedicada. Esperaba hablar con ella hoy, y la verdad es que no se me ocurre nada para explicar su muerte.

–¿No me engañas, Heredia?

–Su muerte es algo demasiado definitivo como para mentir.

–Lo siento, Heredia. Tal vez debí decírtelo de otro modo.

–La verdad y la muerte van de la mano –dije, mientras me servía la cuarta copa de vino.

Bebí en silencio y luego caminé hacia el baño del restaurante. Moje mi rostro, y lo contemplé largo rato, mientras respiraba el pesado aroma de los orines y la mierda acumulada en los retretes. Deseaba romper esa imagen que reproducía mis culpas y con eso detener el tiempo. Volver a las primeras horas de aquel día y hundir para siempre el orgullo que me había impedido abrir la carta de inmediato. Pero no lo hice. Sequé mi cara con las mangas de la chaqueta y salí del baño. Al fin de cuentas, y aunque fuera tarde, visitaría el hotel de Fernanda, me dije, e intuí que mis días de ocio y correrías en taxi llegaban a su fin.

Cuando regresé, Solís había pedido otra botella de vino y parecía dispuesto a no moverse de su sitio en varias horas.

–Supuse que la necesitarías –dijo.

–No soluciona nada, pero ayuda.

–Haré todo lo que esté a mi alcance para saber qué pasó con ella.

–Así será, sin duda.

–Si quieres acompañarme en las diligencias...

–¿Puedo verla? –pregunté.

Solís pensó su respuesta y luego de algunos segundos dijo que sí.

–Desnuda y mágica como la Venus de Botticelli –murmuré, recordando el inicio de otra aventura.

–Hay algo más –escuché decir a Dagoberto–. Travis Hillerman. ¿Te dice algo ese nombre?

–¿Quién es?

–Nadie en especial –respondió. Y supe que mentía.

## Capítulo 4

**E**staba desnuda y sus piernas sobresalían del borde inferior de la sábana azul que la cubría. Creí reconocer su perfume con reminiscencias de hierbas silvestres y limón. Tenía una expresión de cansancio que acentuaba las líneas de su rostro y la perfecta dimensión de sus labios. Recordé aquellas noches en que la veía redactar sus artículos, golpeteando incansable el teclado de su vieja Smith–Corona. Me gustaba verla trabajar arriscando la nariz cada vez que sus ideas no lograban reflejarse fielmente en las cuartillas. Después, cuando dejaba de escribir y se sentía satisfecha de su trabajo, volvía a interesarse en mí, pedía una cerveza y se acercaba, celosa de las caricias que yo le daba a *Simenon*.

Su cabellera caía sobre los hombros y la palidez de su rostro se acrecentaba al contacto del rayo de luz que entraba desde la calle. Sentí renacer el deseo. Pensé en despertarla y acariciar su piel hasta hundirme en ella como en sus muslos delgados, sus pechos redondos y pequeños. Recuperar el tiempo perdido, el silencio autoimpuesto como un castigo que ninguno de los dos merecía. Maldije al orgullo y deseé tenderme a su lado a esperar

que mi respiración agitada la despertara. Sonreiría y yo buscaría sus labios que en su rotundo mutismo parecían querer decir algo que yo no conseguía descifrar.

Me incliné hasta rozar sus mejillas húmedas, como si acabara de llorar o viniera huyendo de la lluvia. Le dije que desde ese instante tenía un trabajo por el cual nadie me pagaría un centavo, pero que estaba dispuesto a realizar para cancelar la deuda del orgullo. Creí oír sus advertencias, dos o tres palabras que deseaban apartarme de los peligros donde dormitaba el lunar pequeño que descubrí una tarde mientras jugaba con su piel y el sol entraba moroso a través de los visillos sucios del departamento. Toqué su vientre y dejé que mis dedos rozaran los vellos de su pubis.

–Es suficiente –oí decir en el instante que la besaba en los labios.

La voz de Solís me devolvió a la realidad. Miré a mi alrededor y procuré memorizar cada detalle de la sala en que nos encontrábamos desde hacía media hora. Sus mesas metálicas con cubiertas de mármol, los estantes repletos de frascos oscuros y sobre todo, el espeso olor a muerte.

Bajé la vista hasta detenerme en la ficha médica que colgaba de la camilla. Leí el nombre de Fernanda, los datos profesionales, sus características físicas y el diagnóstico inicial de su muerte: sobredosis.

–Los encargados de la autopsia no tardarán en venir –insistió Dagoberto–. Son algo quisquillosos respecto a la presencia de extraños.

Sentí que me tomaban de los hombros y me dejé conducir hasta la salida, mientras un olor a cloro y serrín me azotaba la nariz. Oí a Solís hablar de nuevo y me despedí de Fernanda.

## Capítulo 5

**T**e escucho –dije a Solís–. Cuéntamelo todo, paso a paso, sin escatimar detalles.

A través del ventanal que daba a la calle General Mackenna escuchábamos el ruido de las máquinas y los gritos de los obreros que demolían la añosa construcción de la Cárcel Pública. Dagoberto estaba inquieto y cansado. Durante la media hora que llevábamos en su oficina fumó media docena de cigarrillos y bebió tres copas de la botella de ron que guardaba en un kardex atestado con los datos de casos sin resolver. La oficina tenía cierto aspecto desolado, como si en ella hubiesen acumulado los muebles que ninguno de sus compañeros deseaba. El escritorio lucía quemaduras de cigarrillos y ninguna de las cuatro sillas que lo rodeaban hacían juego entre sí. En una de las paredes colgaba el calendario de dos años atrás, y a su lado estaba el galvano que alguna vez habían regalado a un policía de apellido Munizaga, y que nadie, ni siquiera su dueño, se había molestado en sacar.

–Te he contado cuatro veces todo lo que sé. El hotel, la periodista muerta, tu nombre en el listado telefónico.

–Inténtalo de nuevo, Dagoberto. Sabes que no voy a estar tranquilo hasta que sepa lo que ocurrió en ese hotel.

–Tengo que esperar los informes –agregó Solís–. Hasta ahora todo es vago y ni siquiera es seguro que se trate de un asesinato. Mientras no aparezca el motivo, sólo se puede especular.

–Te escucho –insistí, luego de beber el último vestigio de licor que sobrevivía en mi vaso.

–Mi ayudante, el detective Bernal, recibió la denuncia. Cuando escuchó el nombre del Comet, se acordó que fue inaugurado hace unos meses y supuso que se trataba de algo gordo. Me ubicó y fuimos al hotel. Revisamos el cuarto y hablamos con los empleados que habían tenido contacto con la muerta. La encontró una mucama poco después del mediodía. La noche anterior Fernanda había pedido que la despertaran, y como no respondió a los llamados telefónicos, enviaron a la empleada al cuarto. La mujer pensó que dormía y cuando se acercó a la cama, comprendió qué pasaba. Llamaron a un médico, y éste certificó su muerte. No había nada que hacer.

–¿Cuál es el nombre de la mucama?

–No tiene importancia. La interrogamos a fondo y no creo que pueda aportar ningún nuevo dato. No vio ni escuchó nada, sólo fue a despertarla.

–Me gustaría saber su nombre.

–¿Quieres ir al hotel y hacer tus preguntas?

–Da lo mismo si me dices el nombre o no. A lo más, perderé algo de tiempo.

–Doris Asencio –dijo Solís de mala gana.

–¿Alguien más vio algo?

–Los pasajeros van y vienen en un hotel.

–¿Investigaron los movimientos de Fernanda?

–Puse a dos de mis hombres en ello, y reconstruimos sus pasos desde que arribó a Chile. El día de hoy no cuenta. Llegó el miércoles a las diez de la mañana en un vuelo de Ecuatoriana que venía de Los Ángeles, Estados Unidos, con escalas en Ciudad de México y Quito. En el aeropuerto tomó un servicio de buses y se registró en el

hotel al mediodía. Suponemos que de ahí hasta las siete de la tarde descansó o trabajó en su pieza. Pidió almuerzo y la camarera que se lo llevó recuerda haberla visto trabajando en un computador portátil. Después hizo algunas llamadas telefónicas, cenó en el hotel con una amiga y se despidió de ella pasada la medianoche. Al día siguiente, jueves, viajó a Viña del Mar. Lo comprobamos con el servicio de taxis del hotel. Visitó a su abuela, la señora Virginia Argüelles, que vive cerca del Casino. No hizo nada más en todo el día, por lo que deduzco que se estaba dando algún tiempo libre antes de empezar a realizar el trabajo que, supongo, motivó su viaje a Chile. Regresó al hotel a eso de las nueve de la noche, comió ensaladas en el restaurante y pidió sus llaves. Alguien la llamó a las diez, pero no hablaron. La telefonista dice que conectó la llamada a la habitación y que cuando Fernanda respondió la comunicación se cortó.

—Como si hubieran querido confirmar que estaba en el cuarto.

—No había pensado en eso, Heredia.

—¿En qué estado encontraron la pieza?

—Ordenada. Sin huellas de violencia ni de robo. En el velador había una caja de tranquilizantes y otra de anti-conceptivos. A la de tranquilizantes sólo le faltaban tres cápsulas, y además, el médico legista que hizo los primeros exámenes dijo que eran suaves. Clorodiapóxido de 5 miligramos. Consumido en pequeñas dosis ayuda a dormir. En el baño encontramos una jeringa desechable. No tenemos los exámenes del laboratorio, pero se presume que contenía narcótico. Mañana o pasado sabremos si tiene huellas y cuál era la sustancia que había en su interior

—¿Nada más?

—Su ropa, libros, el computador portátil, revistas españolas, la guía de Santiago y un walkman con una cinta de Bach en su interior. Nada anormal.

—Le gustaba la música —comenté al tiempo que recordaba la noche en que fuimos al Municipal a escuchar *Bolero* de Ravel.

—¿No crees que se suicidara?

–No encaja con su estilo. Fernanda era una mujer segura y sabía lo que quería hacer con su vida, con su trabajo. Tampoco era de las que se deprimían o recurrían a pastillas.

–Había pastillas en su velador.

–Tal vez las usó para dormir en el vuelo.

–Las personas cambian. Tú no la veías desde hace varios años. Crisis emocionales, nervios, exceso de trabajo. Las causas pueden ser muchas.

–No era su forma de enfrentar los problemas –dije y busqué la botella de ron que estaba sobre el escritorio de Solís–. En este momento no puedo darte la razón, pero, algo hay anormal en su muerte. Si me das un poco de tiempo...

–La muerte de tu amiga se caratuló como suicidio y hasta ahora no hay nada que me haga cambiar de idea. Si vine a verte fue porque pensé que podrías darme algunas luces sobre su modo de ser, trabajo o amistades.

–¿Ubicaron a su familia?

–Ni siquiera sabían que ella estaba en el país. Parece que no se llevaba bien con su padre. Hablé con él y no pareció muy impresionado. Hizo algunas preguntas y quedó en enviar a su secretario personal para que se hiciera cargo del sepelio.

–Había roto con él antes de conocerme. Era la típica relación entre un padre posesivo y una hija con ganas de correr con su cuenta. Ella no aceptó que le condujeran la vida. Es algo que sucede a menudo; y mientras estuvimos juntos, nunca me inmiscuí en ese tema.

–No necesitas darme explicaciones. No eres culpable de nada, Heredia.

–Quisiera estar seguro de eso. Si hubiera abierto la carta antes...

–A la hora en que la recibiste ya no había nada que hacer.

–Sí –reconocí de mala gana antes de pensar en otra cosa.

–Dudas y más dudas. Es todo lo que tengo –dijo Solís y miró con desconsuelo su copa de vino.

–Las llamadas del primer día. ¿Qué hay con ellas?

–Fueron tres. La primera a Ecuatoriana, para confirmar su vuelo de regreso a México. La segunda a tu oficina; y en la tercera habló con Lidia Murúa, la amiga con la que cenó ese día. La ubicamos. Es periodista del diario *La Época* y estudió con Fernanda en la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile. Durante la cena rescataron recuerdos y conversaron de sus trabajos. Fernanda comentó que realizaba reportajes para la revista española *Cambio 16*. No habló de temas ni mencionó a nadie a quien pensara entrevistar.

–¿Ninguna otra llamada?

–Al menos no desde el hotel. Hasta donde hemos podido reconstruir sus pasos, todo parece normal.

Primer día en el hotel, el segundo, Viña y luego...

–¿Para qué día confirmó el vuelo de regreso a México?

–Viernes. Originalmente tenía reserva para quince días más, pero algo la hizo cambiar.

–¿Miedo? ¿Prisa? ¿Otros planes?

–Vaya uno a saber, Heredia.

–¿Y ese nombre por el que me preguntaste anteriormente?

–Hillerman –recordó Solís, y enseguida, evasivo, agregó–. No tiene importancia. Era otro de los nombres escritos en la agenda de Fernanda.

–¿Sin importancia?

–Ninguna.

–¿Puedo ver el equipaje de Fernanda?

–Si me dices en qué estás pensando.

## Capítulo 6

—**E**sto no ilumina a nadie —dije a *Simenon*, mientras me observaba hojear las revistas que había substraído cuando Dagoberto Solís tuvo que salir del despacho donde guardaban las pertenencias de Fernanda. Deseaba retener algo que hubiera pertenecido a ella y las revistas fueron lo más fácil de robar sin que Dagoberto lo advirtiera. Había revisado, a la rápida y sin ningún resultado positivo, sus blusas, pantalones, faldas y varios juegos de ropa interior que ya habían sido analizados en el laboratorio de la policía.

—Y lo peor es que no se me ocurre nada —agregué, dejando a un lado las revistas, que había leído sin encontrar en ellas nada especial, como anotaciones en los bordes, algún papel olvidado entre las páginas o un subrayado.

Mis ideas estaban en un pozo, del que no saldría hasta recuperar cierta estabilidad en mi interior. Me sentía ebrio, y la ebriedad nada tenía que ver con los tragos bebidos en la oficina de Solís, sino con saber que la muerte de Fernanda me transportaría a lo desconocido hasta el instante en que descubriera el motivo.

Intuí algo falso tras el diagnóstico de sobredosis. Había amado a Fernanda y ésta era una razón suficiente para estar seguro de que las drogas eran ajenas a ella. Y eso, aunque sólo fuera reflejo del instinto, me bastaba para entrever el trasfondo turbio de su muerte.

–Volveré a las andadas –agregué sin estar convencido que *Simenon* estuviese escuchando–. Es hora de sacar partido a mi oficio.

–Bebe otro trago y conversemos. En una de éstas encontramos la hebra.

–Tus ideas son más reducidas que las mías, *Simenon*.

–¿Desde cuándo le arriskas la nariz al licor? Emborráchate y saca todo lo que tienes adentro –lo oí gritar. Enseguida entró a la cocina en busca de su ración nocturna de pescado.

Seguí el consejo y llené una copa de Stolichnaya. Luego regresé al escritorio y escuché a *Simenon* comer con la misma voracidad de aquella tarde en que había aparecido en el departamento, sucio y apaleado como el peor vago de los tejados. Volví a mirar las revistas. Eran de un formato amplio y estaban impresas en papel couché. En cada ejemplar se publicaba un artículo de Fernanda, acompañado de una foto al pie de los textos en el que aparecía risueña. Se notaba un maquillaje inusual en ella, o que al menos no usaba en los días en que nos conocimos. Las ordené de acuerdo a sus meses de edición. Junio, julio y agosto de 1994. En la primera escribía acerca de los niños hambrientos en Ruanda, y en las dos restantes, sobre tráfico de armas. Eran artículos extensos, pródigos de datos, y cada párrafo concluía con preguntas que hacían activar los nervios del lector.

«A causa del llamado caso Irangate –escribía Fernanda–, Estados Unidos debió extremar sus precauciones en el suministro de armas a países involucrados en guerras y que no cuentan con el armamento adecuado para sobrellevar confrontaciones a largo alcance. La participación en los conflictos es vital para la sobrevivencia de su industria bélica, injustificada para algunos después del fin de la Guerra Fría. Y por eso, y porque las apariencias importan en el concierto de la política mundial –y en ocasiones sus

negocios se relacionan con todos los países en disputa— está obligado a tejer intrincadas redes para el comercio de armas. Las órdenes siguen saliendo de Washington, aunque parte de las armas se fabriquen en otros países, como ocurre con países asiáticos que han logrado desarrollar una alta tecnología en el rubro, e incluso, en países sudamericanos como Chile, que, con el impulso de la dictadura militar pinochetista, generó una presencia relevante en la fabricación mundial de armas, interesando con sus productos a diversos países árabes».

—¿Qué sabes de armas? —pregunté a *Simenon* que estaba de nuevo a mi lado, lengüeteándose sus patas con especial entusiasmo.

—Nada —contestó sin mayor interés.

—¿Y Fernanda? Usualmente escribía crónicas sobre salud, dietas y lugares atractivos para viajar en vacaciones. ¿Por qué el cambio?

—Olvidas en qué circunstancias la conociste —dijo *Simenon*—. Acababa de irse de su casa y trabajaba en cualquier cosa. Escribía los artículos que recuerdas para ganar tres o cuatro chauchas.

—Cierto —murmuré antes de beber otro poco de licor—. Quisiera tenerla cerca para hacerle algunas preguntas...

—Y besarla...

—Sí, y besarla...

—Pero ya no está. Y ni tú ni yo sabemos gran cosa sobre armas. Tu experiencia se limita a la pistola que llevas bajo la chaqueta.

—Tampoco sé mucho sobre ella.

—Quien nada hace nada teme —filosofó *Simenon* y después de mentarle la madre, lo mandé a recorrer los tejados.

Bebí un sorbo y dejé al licor descansar dentro de la boca. El señor *Stolichnaya* era duro y suave a la vez, como una amante.

Abandoné las revistas y me acerqué a la ventana. Era de noche y en el horizonte se divisaba la línea plateada y zigzagueante del río Mapocho. Pero esa escena no me de-

cía nada. Como en otros casos, necesitaba datos o una sospecha que actuara como detonante. Los celos o la rabia de los afectados. Huellas frescas y en ocasiones tan evidentes como pisadas de elefantes. Estaba perdiendo imaginación o quizás era la falta de práctica.

La muerte de Fernanda conducía a límites a los que sólo podía acceder trabajando duro o con suerte. Si no tienes sospechosos encomiéndate a la fortuna, recordé que me había dicho Dagoberto Solís cierta vez que investigaba la muerte de Marcela Rojas, una muchacha universitaria asesinada en las afueras de Santiago. Pero la fortuna no se encontraba en manuales ni se compraba en las farmacias de turno. Observé la calle y vi a dos borrachos de pasos inciertos que se alejaban del barrio. Miré la hora en mi reloj. Faltaba poco para la medianoche; el momento justo para salir a recorrer las esquinas y dejar que las ideas deambularan libremente.

Cuando estuve frente al ascensor divisé la puerta del departamento de Stevens entreabierta, invitando a pasar a una de sus sesiones de psicomasaje. Del interior salía una música que asocié a los restaurantes chinos de la plaza Brasil. Un ritmo monótono, como si lo hubieran grabado en un piano de una sola tecla, y que sin embargo Stevens consideraba imprescindible para entregar el cuerpo a la relajación y autoencuentro, dos palabras remarcadas en el panfleto que Anselmo, el suplementero, se encargaba de repartir en beneficio del masajista y de sus atenciones.

Cambié de idea y me encaminé hasta el departamento de Stevens. El lugar estaba en penumbras, y aguardé algunos segundos antes de reconocer la camilla metálica que ocupaba el centro de la habitación. Di un par de pasos hasta rozar la camilla y tosí con fuerza.

—¿Heredia? —preguntó Stevens, sin apartarse de la ventana a través de la cual miraba hacia la calle. Daba la impresión de seguir el paso de algún peatón o de las estrellas que extrañamente se veían esa noche en el contaminado cielo de la ciudad. Pero sólo era una apariencia.

Stevens era ciego de nacimiento, y todo lo que sabía de la vida pasaba por sus oídos y sus manos. Ocupaba sus

horas en escuchar los murmullos del barrio y llevaba el registro mental de las discusiones que se producían en el edificio, la música que oían los inquilinos, y hasta, según él decía, los jadeos íntimos de cada pareja.

Stevens era gordo, medía un metro ochenta de estatura, y habitualmente vestía un holgado mameluco de mezclilla.

Podía tener cincuenta años o algunos más, y su aspecto hacía pensar en un pasado de luchador. Daba masajes y charlas de relajación en las que mezclaba dudosas informaciones médicas, con máximas chinas y sermones de los canutos que predicaban junto a la entrada de nuestro edificio. Lo conocí el día que llegué a ocupar la oficina. Necesitaba a alguien que vigilara los muebles que estaban en la calle y él, que parecía contemplar la mudanza, ofreció su ayuda. Todo resultó bien, hasta que al agradecerle advertí que era ciego. Él se rió de mi confianza en los extraños y me invitó a beber cerveza.

–Siempre me sorprendes –dije acercándome a su lado.

–Eres el único que entra y observa cada rincón de esta pieza.

–¿Cómo lo sabes?

–Por el ritmo de tus poros. Además, tu tos de treinta cigarrillos al día se escucha apenas entras al departamento.

–A veces dudo de tu ceguera y tus masajes. Nadie viene a tus sesiones.

–No pienses en ello, Heredia. Tu esfuerzo es inútil.

–Descuida, no me preocupa tanto como para gastar mis neuronas en ello.

–Pareces tenso.

–Quería recorrer el barrio, pero vi luz y pasé.

–Sabes que no duermo de noche. Me siento junto a la ventana y escucho los murmullos del vecindario.

Tomé la silla que estaba junto a la entrada del departamento y la acerqué hasta la ventana.

–Sírvete algo –dijo–. En la mesilla hay una botella de vidrio color caramelo. La etiqueta dice colonia, pero es

aguardiente. Es mi único vicio, aparte del otro que tú ya conoces.

–Sí –dije y pensé en lo otro.

Stevens contratava semanalmente a una muchacha para que leyera en voz alta los diarios y revistas que Anselmo le vendía. Quieto, inmóvil como un buda, escuchaba e iba reproduciendo en una grabadora los datos que le interesaban.

Luego, de nuevo a solas, elaboraba largos informes sobre la situación política o económica. Nunca le pregunté para qué hacía eso, pero en más de una ocasión lo había escuchado repasar aquellas cintas, que, misteriosamente, desaparecían de su departamento a los pocos días de grabadas.

–¿Qué te preocupa? –preguntó cuando estuve a su lado–. Estás tieso como mono de yeso y le has dado dos buenos toques al aguardiente.

–Engañas a la gente con tu ceguera.

–Veo más que tú y que todos los que tienen sus ojos sanos. Ellos ven las apariencias, lo que cada persona desea mostrar. Pero yo veo más hondo. Sentimientos, temores, ansias. Preocupaciones que no se pueden ocultar.

–Tú ganas.

–Considérate mi cliente –dijo, y luego de una pausa, preguntó–: ¿Qué ves en la calle?

–Nada. Ni siquiera a un borracho. Todo está muerto.

–Quieto, no muerto.

–Da igual, es una manera de decir.

–Las palabras reflejan el estado de ánimo de quien las dice.

–Esa frase supera mi capacidad de entendimiento.

–Empecemos con esto –dijo Stevens y sacó del bolsillo dos gruesos pitos de marihuana.

–¿No estamos viejos para jugar a los humitos voladores? No fumo yerba desde que estaba en el liceo. Y aun

entonces, no era muy aficionado a los pastos. Prefería el vuelo líquido, la cerveza o el copete serio.

–Desconfío de los que temen salir fuera de sus límites. Monógamos, abstemios, predicadores y dirigentes políticos. Bichos oscuros que miden cada palabra que dicen porque temen mostrar lo que realmente son.

Hice brotar el fuego de mi encendedor y Stevens acercó el pito. Su rostro se iluminó brevemente y pude contemplar sus ojos abiertos y sin vida.

–Aún no te acostumbras –comentó, y lanzó una carcajada que se confundió con la bocanada de humo que salía de su boca.

–Huele a mierda –dije, dando una leve calada al pitillo.

–Te escucho –agregó sin hacer caso a mis palabras–, tengo la noche por delante.

Aspiré la marihuana y cuando reconocí puntitos dorados en la ventana del departamento, comencé a hablar. El rostro de Stevens se llenó con una sonrisa, y por tercera vez en esa noche pensé que su ceguera era falsa.

## Capítulo 7

**A**manecía y la luz de la mañana daba un tono ceniciento al rostro de Stevens. Tenía la impresión de haber dormido toda la noche, pero la proximidad del buda ciego me recordó que no había cerrado mis ojos en muchas horas. La bocina de un bus quebró el silencio. Stevens apoyó los codos en el marco de la ventana y respiró profundo, como si con eso hubiera podido expulsar todo el cansancio de su cuerpo.

–La ciudad revive y te aguarda –dijo en voz baja.

–Me siento como si me hubieran castigado la cabeza con un combo –comenté, mientras recordaba que el pasado había revoloteado toda la noche por entre las paredes de la habitación.

–Respira con deseo y verás que te sientes mejor. Ya sabes lo que tienes que hacer –dijo él–. No puedes renunciar a lo que te pertenece. Jamás vas a mejorar el mundo, pero eres de esos tipos que nunca se cansarán de intentarlo. Quisiste encender el fuego y fracasaste. Ahora debes mantener la pequeña llama.

–No entiendo un carajo de lo que dices. Estas chalado o el pito te afectó el seso.

–Sabes de qué hablo, Heredia –dijo resueltamente.

Creí estar rodeado de seres fantasmales y por un instante vi el rostro de Fernanda reflejado en la ventana.

–No trates de comprenderlo todo.

–¿Qué quieres decir?

–Usa tus cartas y no trates de entender el trasfondo del juego.

–Eres un enigma, Stevens.

–Recorre tu camino –agregó Stevens.

–Gracias –dije, y tuve la seguridad de estar vislumbrando una breve luz en medio de aquello que no entendía y que invariablemente me dejaba junto al recuerdo de Fernanda–. Creo saber a qué te refieres.

Me puse de pie y me alejé. El aire de la habitación estaba enrarecido y sentí la necesidad de respirar a mi antojo por las calles que conocía.

–Cierra la puerta –ordenó Stevens, que seguía con su rostro expuesto a la luz que empezaba a llenar la pieza–. Y si quieres saber de armas conversa con el doctor Blest.

–¿Blest?

–Di que vas de mi parte. Vive en la calle Juan Vicuña cerca de avenida Matta. Te será fácil ubicarlo. La calle tiene dos cuadras y él habita en la única cité del lugar. Es buen tipo, pero cuídate de hablar de mujeres –dijo Stevens y soltó una carcajada que me acompañó hasta que enfrenté a *Simenon*, molesto por mi ausencia de la noche.

–Se acabaron las cobranzas y el taxi –le dije.

–«¿Te gusta joder a la gente o no andas bien de la cabeza?» –Leí esa pregunta en una novela de...

–Da igual. Te viene al dedillo.

–¿No te alegra la noticia?

–Me preocupa mi ración diaria de salmón.

–Jurel tipo salmón, querrás decir. En este país todo es tipo algo: aguardiente tipo pisco, cebada tipo café, dicta-

dura tipo democracia.

–No me quites la ilusión.

–¿Te ha faltado alguna vez?

–Muchas.

–¿Y por qué no usas la puerta?

–Tal vez porque te quiero –contestó *Simenon*, al tiempo que se acercaba a restregarse entre mis piernas.

–Cuando te propones ser tierno, lo haces bien.

–«El gato no nos acaricia, se acaricia con nosotros».

–Víctor Hugo.

–Antoine Conde de Rivarol.

–*Touché, mon petit chat* –dije tomando a *Simenon* entre mis brazos–. Tres minutos para hacernos cariño.

–Bien –dijo acariciándome el mentón con sus patas–. «Dios hizo al gato para ofrecer al hombre el placer de acariciar a un tigre».

–Conde de Rivarol...

–Víctor Hugo.



## Capítulo 8

**L**os doce pisos del hotel Comet se dibujaron sobre un horizonte de nubes adormecidas y dispersas, mientras sus murallas rojas se deslizaban hacia la calle, empequeñeciendo a los inquietos peatones que atravesaban el centro de la ciudad en dirección a sus trabajos o siguiendo el azar del vitrineo por las tiendas y galerías comerciales.

Me detuve frente a la puerta principal y estudié el aspecto del portero que vigilaba el paso de los clientes. Vestía capote conchovino, gorra militar con el nombre Comet grabado en letras doradas sobre la visera, y zapatos negros, brillantes. Ajusté mi corbata al cuello de la camisa que había comprado en el bazar chino de Rosas con 21 de Mayo y entré sorteando la vigilancia del portero, que observó de reojo, quizá dudando de mis intenciones o de que pudiera pagar los ochenta dólares que cobraban por el uso diario de los cuartos. Avancé por el alfombrado pasillo que nacía en la recepción y llegué al bar. Había diez o doce mesas rodeadas de butacones, y desde el cielo raso colgaban cuatro ventiladores de aspas que agitaban el aromatizado aire de la habitación. Me senté junto a la ba-

rra y sonreí al barman, un hombre bajo, moreno y de ojos chispeantes que se apoyó en el mesón y acercó su rostro a tres centímetros del mío, como si hubiera querido solplarme una confidencia.

–¿Qué le sirvo, amigo?

–Ballantines y Bécker. En vaso grande –aclaré–. El whisky solo, seco, y encima la cerveza, fría, inmensamente fría.

–¿Es para beber o para suicidarse? –preguntó, sarcástico.

–Depende de la prisa con que se tome –respondí deseoso de alargar la charla y ganar la confianza del hombre.

–Primera vez que alguien me pide semejante combinación.

–Cada día tiene su afán y uno que otro loco por conocer.

El barman sonrió y enseguida buscó los componentes del trago. Sobre la barra dispuso un vaso cristalino y vertió en él dos dedos de whisky y la mitad de una Bécker.

Probé la bebida e hice un guiño de satisfacción.

–¿Bueno? –preguntó, como si acabara de verme tragar una cucharada de purgante.

–De lo mejor.

–¿No es muy temprano para tanta carga?

–Es la hora más adecuada para alimentar el optimismo –dije y el hombre rió sin entender cabalmente mis palabras–. Busco a Doris Asencio. Me dijeron que trabaja en este hotel.

–¿Asencio? Puede ser, pero no por aquí, amigo.

–Trabaja de mucama.

–Servicios menores. Tiene que salir del bar y caminar por el pasillo de la derecha. Al final va a encontrar una puerta con un letrero lo suficientemente grande como para no extraviarse.

–Gracias –le dije y bebí otro sorbo de la bebida–. Parece un buen hotel.

–Lo es. Nuevo, cómodo y con el mejor servicio de la plaza.

–¿Tranquilo?

–Siempre.

–Leí algo en los diarios –comencé a decir.

–¿Policía? –preguntó con cierta complicidad.

–Frío.

–¿Periodista?

Negué con la cabeza y saqué de mi chaqueta la credencial que me calificaba como agente comercial de la empresa de cobranzas Borgoño y Asociados.

–En los tiempos que corren, todo el mundo se endeuda. Y si no, ¿cómo? Yo mismo, con tres hijos y...

–Algo decían los diarios sobre el hotel –dije, interrumpiendo el inicio de la letanía.

–¿Se refiere a la periodista que encontraron muerta? Es mala publicidad. A ningún pasajero le gusta pensar que duerme acompañado por el fantasma de un finado.

–¿Qué se dice de ella?

–Lo que salió en la prensa y nada más –dijo el barman, y enseguida, con acento cómplice, agregó–: Los jefes prohibieron conversar del asunto con extraños. Ayer esto estaba lleno de periodistas, y con la zafacoca que se armó, a lo menos seis pasajeros se fueron del hotel. El negocio exige discreción.

–Negocios son negocios.

–Y éste, perdonando la expresión, parece meado de perro. En el año ya van tres finados en la cuenta, y de seguir así, mejor ofrecemos servicio de pompas fúnebres.

–¿Tres? –pregunté, trapticándome con el alcohol y la noticia.

–La periodista, el cocinero del segundo turno y un gringo que andaba de paso.

Bebí de prisa el último sorbo del trago y le hice señas para que continuara con su relato.

–El cocinero se llamaba Tamayo –dijo el barman–. Dicen que fue por celos entre maricas. Lo apuñalaron en la puerta de servicio, como a las dos de la madrugada, a la hora en que salía de su turno. Se supone que la Policía está investigando, pero hasta el momento no hay resultados. De noche el entorno del hotel es peligroso. Abundan los lanzas a la caza de algún turista encopado; y sin ir más lejos, hace poco cogotearon a un español. Punzón en las costillas, ojo morado y quinientos dólares que el gallego nunca más vio.

–¿Cuándo pasó lo del cocinero?

–Después de la muerte del gringo. Dos cajones en la misma semana –comentó el barman con cierto brillo de perversidad en la mirada.

–Cuénteme algo del gringo.

–¿No leyó los diarios? Sucedió el mes pasado y se armó un lío gordo. El hotel se llenó de tiras, carabineros y hasta militares. Parece que el hombrón se suicidó mientras realizaba una investigación sobre tecnología bélica, o algo así.

–¿Recuerda su nombre?

–Para mí todos los nombres de gringos son iguales.

Pensé hacer otra pregunta, pero en ese momento entraban al bar cuatro turistas argentinos que hablaban de compras en voz alta. El barman se alejó para atender a los extraños y durante diez minutos trabajó en el batido de una ración generosa de pisco sauer.

Me despedí y caminé por el pasillo indicado. Encontré la puerta de doble hoja, y en su parte superior un letrero que decía: acceso sólo permitido al personal. La empujé y entré a lo que parecía ser un casino, en cuyo interior dos mujeres estaban conversando alrededor de una mesa cubierta de acrílico en la que se apilaba una gran cantidad de platos y copas. Vestían cotonas verdes y una especie de cofia coronaba sus cabelleras oscuras. Una era ancha de caderas y lucía un enorme lunar carnoso en el rostro. La otra, veinteañera y esmirriada, era la modelo ideal para un afiche sobre la desnutrición.

–Zona del personal –dijo la más joven de las dos.

–¿Doris Asencio? –pregunté, enérgico.

Las dos mujeres se observaron y enseguida la mayor se decidió a hablar.

–¿Para qué sería?

Advertí su desconfianza, y rápidamente saqué la credencial del Servicio de Investigaciones que había comprado en el Mercado Persa de Bío Bío, en el puesto de Cardenio Fernández, un carabinero exonerado que comercializaba objetos sustraídos en oficinas públicas.

Hojas con membretes, timbres de jefes de secciones, tarjetas de identificación, expedientes, entre un sinfín de especies que, con algo de imaginación y maña, permitían acreditar una carrera funcionaria, solicitar el pago de algún beneficio, o simplemente ostentar el título de alguna jefatura digna de genuflexiones.

–Investigaciones –dije y agité la credencial como si fuera un pañuelo en el último andén de la tierra.

–¡Doris, te buscan! –gritó la de mayor edad.

Doris Asencio tenía el aspecto cansado de una mujer sola y con dos chiquillos que mantener. Llegaba al hotel a las ocho de la mañana y durante doce horas, ordenaba camas y reponía toallas, jabones, peinetas y otros artículos de baño. Luego de recorrer los pisos ocho y nueve, descendía a la lavandería del hotel con un carro lleno de sábanas sucias. Hablaba poco con las demás mujeres, y como la mayoría de sus compañeras contaba los minutos que faltaban para salir del trabajo y recuperar ese exiguo espacio de libertad que latía entre el fin de la jornada y el sueño.

Mis preguntas no la sorprendieron. Los últimos días había respondido a tantas interrogantes de la Policía y del departamento de seguridad del hotel, que su versión de la muerte de Fernanda parecía algo irreal.

Como había terminado su turno y se preparaba para salir del hotel, la invité a conversar al restaurante Isla de Pascua, y luego que nos sirvieron café, le confesé que no era policía y que mis motivos se relacionaban con Fernan-

da y la amistad que nos había unido. La alusión al romance alivió la seriedad de su rostro, y después de endulzar el café con tres cucharadas de azúcar, pareció más relajada y dispuesta a conversar sin las aprensiones del primer momento.

–Ya me parecía raro. Usted se ve distinto a los policías que me interrogaron –comentó, y luego se alisó la falda como dando a entender que estaba dispuesta a responder mis consultas.

Su versión no era diferente a la de Solís. Había entrado a la habitación de Fernanda para hacer la cama. No recordaba nada anormal ni había visto a nadie merodear por el lugar.

–Me llamó la atención la cantidad de papeles que tenía esa señorita. En su pieza había un computador pequeño y a su alrededor muchas hojas sueltas –dijo al término de su relato.

–¿Atendió la pieza todos los días en que ella estuvo alojada?

–Sí

–Y los primeros días, ¿no vio nada anormal?

–Nada. El segundo día encontré una bolsa con ropa sucia para enviar a la lavandería y un sobre abultado, con una nota para que lo enviaran por correo.

–¿Y qué hizo con ese sobre?

–Lo entregué en la recepción. Ellos se encargan del despacho de la correspondencia.

–Tal vez lleven un registro...

–Lo ignoro.

–¿Leyó el nombre del destinatario?

–No acostumbro a fijarme en esos detalles. Simplemente lo entregué donde correspondía. La discreción es una exigencia del hotel y si el supervisor nos sorprende intruseando las cosas de los pasajeros es motivo más que suficiente para ir a dar a la calle.

–¿Y de las muertes anteriores, qué recuerda?

–¿Muertes anteriores?

–El turista gringo y uno de los cocineros del hotel.

–Lo del gringo fue un escándalo, pero salvo rumores, no supe más. Sucedió durante la semana en que pedí permiso para visitar a mi madre en Yungay. Las chicas que trabajan conmigo me contaron dos o tres cosas, y después nadie más habló del asunto. Cuando una trabaja en hoteles se acostumbra a ver cosas extrañas. Antes de ingresar al Comet estuve en el Apolo, un hotel parejero de la calle Vicuña Mackenna, y ahí sí que veía cada cosa. Podría estar tardes enteras contándole chascarros y líos de parejas. En cuanto a la muerte del Pompei...

–¿Pompi?

–El cocinero. Se llamaba Pompeyo y era algo delicado –dijo Doris y se rió suavemente, con picardía.

–¿Homosexual? –pregunté, y ella asintió.

–Era muy amable y cuando una se metía a la cocina y no había ningún jefe a la vista, siempre ofrecía alguna cosa para picar. ¿Cómo pudo alguien hacerle daño? Los muchachos que trabajaban con él dijeron que fue un asunto de celos con sus amigos. ¡Sólo Dios sabe! Con personas como el Pompei la gente suele ser cruel e inventa cualquier cosa.

–¿Sabe algo más de él?

–Conocí a su hermano el día del sepelio. Una cosa muy triste. Fui la única compañera del hotel que lo acompañó al cementerio; y de su familia sólo estaba su hermano menor. Creo que tenían vergüenza. Lo dejaron en esas tumbas de tierra que duran dos años y después, si no se vuelve a pagar, sacan los huesos del finado y los tiran a la fosa común. Triste, muy triste –dijo Doris Asencio, y enseñada, como acordándose de algo, abrió la cartera que llevaba consigo y sacó una libretita de apuntes–. Tengo el teléfono de su hermano. Se lo pedí porque me encargó que reuniera las cosas de Pompei que había en el hotel. Lo llamé a los tres días del entierro y mandó a buscarlas con un junior. ¿No le parece todo muy penoso?

## Capítulo 9

**D**ejé a Doris Asencio en el paradero de buses ubicado frente a la iglesia de San Francisco y volví al hotel.

Subí en ascensor hasta el décimo piso. Los pasillos estaban recubiertos de alfombras esponjosas y se escuchaba una música suave, con resabios de supermercado o agencia bancaria. Las habitaciones formaban un cuadrado gigantesco, en medio del cual una cavidad permitía observar el resto de los niveles. Sentí vértigo. Las puertas de las habitaciones estaban cerradas y un silencio pesado recorría el piso. En una de esas piezas había muerto Fernanda. Cerré los ojos y al reabrirlos volví a observar el vacío. De todas las formas posibles de suicidio, la más horrible era lanzarse desde una altura como esa, con breves segundos de conciencia para arrepentirse y luego, el golpe y la nada.

Rehice mis pasos y al pasar frente al bar vencí la tentación de entrar de nuevo y pedir otra copa. Mi visita al hotel sólo había sumado más muerte a mi ignorancia. Todo parecía condenado al fracaso. Estaba cansado de mentir y preguntar; de husmear existencias ajenas para encon-

trar significado a hechos que no tenían otra lógica que la vida misma. ¿Cómo podía resumir mi vida? Buscar huellas en el pasado y en lo más oscuro del presente, obsesionado con una justicia frágil y ambigua; desgastado por ideas que sobrellevo porque ya es muy tarde para aprender nuevas cosas o porque el mundo no ha cambiado tanto como para dejar de pensar igual. ¿Ésa era la respuesta? En el espejo instalado en la entrada del hotel vi mi rostro cansado y sudoroso; la cabellera negra, larga y despeinada, cayéndome sobre la frente; los hombros deformados por la arrugada chaqueta de cotelón; un vientre con deseos de expandirse y los zapatos negros, gastados y sin lustre. Eso y poca cosa más. La corbata azul y una lapicera aflorando por el bolsillo superior de la camisa. Ése del espejo soy yo, dije, y salí del hotel.

Caminé hasta la Biblioteca Nacional. Subí los peldaños que conducían al interior; a esos salones en los que había tratado de entender el mundo, en libros de otra época que me habían dejado el recuerdo de tres o cuatro frases para citar en mis momentos de ocio. Entré a la hemeroteca y vi una docenas de lectores inclinados sobre los empastes de diarios de otras épocas.

Pedí las ediciones de *La Tercera* de los últimos meses y antes de comenzar a leer traté de recordar la última vez que leí un diario completo, hoja a hoja, y no sólo las páginas de la hípica o el deporte. Revisé noticias económicas y políticas que hablaban de un país extraño, diferente al que veía cada día en las calles o desde la barra del bar. Tropecé con discursos vacíos, palabras sobre palabras, declaraciones para aquietar conciencias, y en el décimo diario encontré los titulares que buscaba. “Extraña muerte de turista norteamericano”. “Periodista extranjero se suicidó en hotel”. “La Policía contradice su primer informe”. Leí con avidez los artículos que más me interesaron, y al final, mientras pensaba en conversar nuevamente con Dagoberto Solís, escribí en un papel el nombre que se repetía en una y otra noticia: Travis Hillerman.

Cuando emprendí el regreso a mi oficina, las tiendas del barrio comenzaban a bajar sus cortinas. La gente caminaba de prisa o abordaba los buses para llegar a sus casas y cerrar otro círculo en sus vidas. Estacioné el auto lo

más cerca que pude del departamento y caminé sin apuro, aspirando el aire de la tarde, en el que se confundía el aroma de unas flores y el olor a vino derramado que salía de los bares del vecindario. Me detuve frente al primero de los bares y consideré la posibilidad de beber confundido entre los grupos de obreros que atenuaban la fatiga del día con una caña de pipeño o de cerveza.

Descarté la idea y apuré mis pasos hasta llegar a la oficina; el único sitio que tenía para pensar con tranquilidad en la mentira en que había sorprendido a Dagoberto Solís. Deseaba estar solo, o casi, porque cuando entré al departamento me aguardaban *Simenon*, mis libros y tres docenas de cintas con música asociada a mis recuerdos. Puse una de Mahler y me senté junto al escritorio, rodeado por la luz rojiza que entraba a raudales a través de la ventana.

¿Mentía Solís o mi imaginación asociaba la muerte de Fernanda a la de Hillerman? Deduje que Solís también se hacía la misma pregunta y que por eso había mencionado el nombre del gringo en nuestra conversación.

*Simenon* saltó sobre mis piernas. Le hablé y su lengua se deslizó por mis dedos, suave y amistosa.

—Te puedo contar una buena historia. La leí en una novela de un inglés de apellido Leigh. Un tipo le dice a su psicólogo: “Me gustan los gatos. Yo tenía dos, pero tuvimos que deshacernos de uno de ellos porque arañó al bebé. Si hubiera dependido de mí, nos habríamos librado del jodido crío”. ¿No te gustó? Entonces escucha esta otra. Travis Hillerman, periodista norteamericano fue encontrado muerto en el hotel Comet. La Policía descartó que el móvil de su muerte fuera el asesinato. Hillerman se especializaba en temas bélicos y se encontraba en el país escribiendo un reportaje acerca del armamentismo en América Latina. ¿Interesante, no? —pregunté a *Simenon* mientras recordaba otra de mis lecturas en la Biblioteca—: «Inesperado vuelco dio el caso del periodista encontrado muerto en el hotel Comet. El abogado que representa a la revista para la cual trabajaba Hillerman, interpuso una querrela ante el tribunal correspondiente, alegando que en la muerte del periodista hay indicios de que se trata

de un asesinato. Un vocero de la Policía calificó de infundada la versión del abogado y reiteró el informe preliminar que atribuía el deceso del periodista a una sobredosis de diazepam».

–Me interesa hacer algunas preguntas a Solís –dije y me puse a hojear nerviosamente una de las revistas hasta encontrar la foto de Fernanda.

–¿Aún piensas en ella?

–Y por mucho tiempo más.

–Diría que la extrañas.

–Nunca hice nada por su regreso.

–No sacas nada con culparte.

–Últimamente he pensado mucho en la soledad. A mi edad la mayoría de los tipos tienen sus vidas resueltas. Trabajo, casa, hijos. Parecen seres normales y tienen donde caerse muertos.

–¡Carajo! ¿Eso te parece una vida normal?

–¿Y si Fernanda y el gringo se hubieran conocido? Tenían un interés similar por las armas. ¿Coincidencia? El mismo tema, el mismo hotel y una idéntica forma de morir. ¿Se habrían comunicado o reunido anteriormente? ¿Podría averiguarlo en la revista de Hillerman o en la de Fernanda?

Preguntas que necesitaba transferir a Solís. Alguna razón había hecho viajar a Fernanda y a Hillerman hasta Chile. Algo importante, que no salía en los diarios, como muchas otras cosas más, pero que incluso podía llevar a cometer dos asesinatos. ¿O eran tres? ¿Qué papel jugaba la muerte del cocinero? Otra pregunta que tendría que responder su hermano o alguien que lo hubiese conocido de cerca.

–Muchas preguntas –oí decir a *Simenon*–. Muchas ideas y poca acción.

–¿Se te ocurre algo?

–Por de pronto, comer. Hace días que no pruebo bocado caliente. Un guiso o un buen trozo de carne asada.

–Y puedes sumar otra más a la cuenta –dije mientras me encaminaba al mueble donde guardaba los víveres. Abrí la puerta y contemplé un panorama desolador. Una botella de vino, dos cajas de lazañas y media docena de latas de jurel tipo salmón.

–¿Qué dice el chef? –preguntó a mis espaldas *Simenon*.

–Pescado.

Abrí una de las latas y repartí su contenido en dos platos. A uno le agregué jugo de limón y dos cucharadas de ají. Luego volví a la oficina y puse la ración sin aliños al alcance de *Simenon*.

–Hay cosas peores –dije–. Internados de curas, casinos para empleados públicos, pensiones de estudiantes provincianos, o una merienda de mate y queso de cabra en la casa de un poeta devoto de Catulo.

–Entre nada y jurel, jurel –concedió *Simenon*.

Después de comer salí a la búsqueda de Dagoberto Solís. El ritmo de la noche se concentraba en las calles y tardé el doble de lo normal en llegar hasta su casa. Lo encontré adormilado, envejecido y solo, con la vista fija en la pantalla de un televisor que emitía rayas blancas y confusos diálogos extraterrestres. Al costado del aparato había una mesa rinconera, y sobre ésta, tres latas de cerveza y un plato con restos de comida.

–¿Puedes comer esta porquería? –pregunté, indicando la lata de pescado abierta junto al plato.

–Como en los tiempos de la universidad, Heredia. Pescado en lata, huevos con arroz o fideos blancos. Sólo que entonces era algo poético, y ahora es una mierda. ¿No es irónico? Mira este departamento. Oscuro y sucio. Se parece al tuyo.

–Noche de viernes. No es el momento más adecuado para revisar la vida.

–¿Y todo para qué? –se preguntó–. Me reincorporan con el mismo grado, pero no pasa de ser una pantalla. Los cabrones que me despidieron siguen mandando. Han moderado sus discursos y sonrían a los políticos del gobier-

no. Aporrean ladrones de poca monta y hacen la vista gorda con los negocios sucios.

–Siempre puedes renunciar y volver con tu esposa.

–Lo he pensado mil veces en el último mes; pero a pesar de todos los problemas, el maldito trabajo me gusta. Recibir las denuncias, ir adonde se comenten los delitos, conocer a los posibles implicados, pensar en quién y cómo lo hizo. Cada caso un desafío distinto. Los motivos, el miedo. A pesar de las condiciones, resulta apasionante, Heredia. Y en cuanto a mi esposa, mejor ni la menciones. Acabo de hablar con ella por teléfono. Dijo que al estar sola se ha dado cuenta de que todos los años que vivió conmigo fueron una farsa. Que descubrió que nada resultaría desde la misma tarde que nos conocimos y no hice más que hablarle de mi trabajo y de lo macanudos que somos los muchachos de la poli. ¿No te parece un asco? Veinticinco años negándose a sí misma, haciéndome creer que teníamos una familia, jadeando desesperadamente cada vez que hacíamos el amor.

Saqué de la chaqueta una petaca de pisco y se la pasé a Solís.

–Si quieres una respuesta fácil, podemos empezar con esto.

–Al menos a ti te salva una cosa –dijo Dagoberto–. Tú elegiste la vida que llevas.

–¿Elige alguien la vida que lleva?

–Mierda, Heredia. Llegas a las doce de la noche a mi casa, traes una cagón botella de pisco y más encima quieres entrar en un rollo filosófico. ¿Qué bicho te picó?

–Un poco de buena literatura en la Biblioteca Nacional –dije–. La historia de un periodista gringo.

–Al fin llegaste a Hillerman.

–¿Qué quieres decir con eso de que al fin llegué a Hillerman? No es hora de jugar a los acertijos.

–¿No recuerdas? Te pregunté por Hillerman la noche que fui a contarte de la muerte de tu amiga. Estaba seguro de que no sabías nada de él. Pero deseaba dejar su

nombre en tu memoria. Su muerte oculta algo gordo y puede que tenga que ver con Fernanda.

–Creí que me habías mentido.

–Veinte años cubriéndote el culo, y de pronto, sin motivo, dudas de mí.

–Lo siento, Dagoberto. No suelo decirlo, pero me equivoqué.

Solís se cubrió el rostro con las manos y se mantuvo en esa posición durante unos segundos.

Busqué en la mesita un par de vasos y serví dos raciones de licor.

–No tiene importancia –comenzó a decir a Dagoberto–. Debí decirte lo de Hillerman, pero no me atreví. Estoy seguro de que no se suicidó. Su autopsia reveló que le habían inyectado diazepam. Tenía las huellas de una jeringa en su muslo izquierdo. Eso, y algunas averiguaciones de mis hombres confirmaron las sospechas. Entre sus cosas encontramos una carta dirigida a su madre. Le decía que estaba bien, y que a su regreso a Los Ángeles empezaría a escribir el libro que le había encargado una editorial. En resumen: era un tipo con proyectos y sin motivos para suicidarse.

–Entonces...

–Creo que Hillerman estaba haciendo averiguaciones acerca de la venta de armas a un país árabe. Ventas que no contaban con el visto bueno de los Estados Unidos, pero que Proden, una empresa chilena que fabrica armas, estaba haciendo desde hace algún tiempo. Hillerman, un probable agente de la CIA, lo descubrió y las cosas se le comenzaron a poner cuesta arriba.

–¿Qué tipo de armas?

–Hablé con Ismael Flores, un periodista especializado en temas bélicos. Tiene dos hipótesis. La primera es que a Hillerman lo mataron porque descubrió la venta a Irak del helicóptero Proden 500, equipado con un avanzado sistema de guía de proyectiles, lo que lo hace muy eficaz en el combate de tropas refugiadas bajo tierra. Es un vehículo de aspecto común y hasta la fecha sólo era fabrica-

do en Inglaterra y los Estados Unidos. La segunda alternativa es que Hillerman descubrió que a través de Chile se estaban vendiendo misiles a Saddam Hussein. En ambos casos, es probable que los asesinos ya estén lejos del país.

—¿Y por qué tu silencio?

—Estaba dudoso sobre lo que podía decir. Inicé las pesquisas con mi ayudante, y luego del primer informe nos relevaron del caso. Por orden de más arriba se lo asignaron a otro, con instrucciones terminantes de investigar el asunto como suicidio y archivarlo a la brevedad.

—¿Y desde cuándo te preocupa una orden?

—Últimamente he cometido algunos errores en el trabajo y no quería dejar al descubierto nuevos flancos. Además, deseaba que sacaras tus propias conclusiones.

—Ya lo hice, Solís.

—Estoy convencido que la muerte de Hillerman no fue suicidio. Tengo la impresión de que si se destapa lo descubierto por Hillerman mucha gente importante tendrá que dar explicaciones.

—Quisiera saber cómo encaja Fernanda en esa historia.

—¿Recuerdas que te hablé de la periodista que cenó con Fernanda? Ella contó que le había hecho muchas preguntas acerca de la muerte de Hillerman. No está segura de que se conocieran, pero el asunto le preocupaba.

—Puede servir para empezar.

—No estoy en condiciones de investigar abiertamente, Heredia. Por eso te susurré al oído el nombre de Hillerman. No debes obediencia a nadie, nos tenemos confianza y podemos trabajar juntos.

—¿Trabajar juntos? ¿Estás pidiendo ayuda?

—Por primera vez desde que nos conocemos, Heredia.

## Capítulo 10

**D**esperté con mis manos apoyadas sobre el volante del Lada, como si en algún instante de la noche o de la borrachera hubiera temido que un ladrón lo robara. La puerta del conductor estaba entreabierta, y junto al aire matinal, un perro pirata, blanco y con una perfecta redondela negra dibujada en su ojo izquierdo, asomaba su hocico por la abertura. Me olisqueó un segundo y enseguida siguió su camino con la ilusión de encontrar a la gallina de los trutros dorados en otra parte.

Recordé que en algún momento de la noche habíamos decidido recorrer los bares que frecuentábamos en nuestra época de estudiantes universitarios, en los inicios de los años setenta, en una Escuela de Leyes que aún se movía a ritmo abolerado y de aparente tolerancia. Solís era ocho años mayor y tenía un grado mínimo en la Policía. Yo, primerizo, repetidor incansable de textos que me prestaba un antiguo profesor del liceo, anarquista de veinticuatro horas al día, especializado en tangos de la vieja guardia y libros de Bakunin, Trotski y Marx, en sus primeros años, cuando escribió los *Manuscritos de 1844*, y en él una definición del amor. "Si amas sin provocar el

amor recíproco, es decir, si tu amor, en cuanto amor, no provoca el amor recíproco, si por tu manifestación vital como hombre amante no te transformas en hombre amado, tu amor es impotente, y eso es una desgracia". Solís decía que esa frase había que entenderla con la ayuda de un manual. Y a fuerza de fracasos en varias declaraciones de amor, llegué a reconocer que no era el camino más directo entre mis dos puntos de interés: un *blues* bailado a flor de piel y la cama del hotel más próximo a la facultad.

Iniciamos el recorrido en El Castillo, que ya no era la cueva sórdida de los años setenta, sino un amasijo de acrílico y luces contra el cual llegaban a rebotar patotas de jóvenes que bebían cervezas al ritmo de una música que impedía cualquier conversación coherente. Después nos cambiamos al Cucú, al Red Bar y La Unión Chica hasta ir a dar a La Gaviota, tugurio que conservaba intactas sus características de última estación para los bebedores que habían decidido amanecer abrazados a la botella. Entre copa y copa, algunas cosas relacionadas con la muerte de Hillerman parecieron tan claras como la borrachera que trabajábamos. Sólo quedaba encontrar el eslabón que la vinculaba al suicidio de Fernanda y a la muerte del cocinero, que insistí en incluir en la misma historia, a pesar de la opinión de Solís que la limitaba a un ajuste de cuentas entre homosexuales.

No tenía memoria del resto. En qué momento nos separamos, o como llegué al auto, eran dos interrogantes para las cuales ni siquiera tenía la voluntad de buscar respuestas.

Dejé el volante y observé mi rostro en el espejo retrovisor. La borrachera extendía sus huellas por mi barba sin afeitar y unas orejas extensas, símbolo inequívoco de la derrota étlica. Me dolía la cabeza y desde mi estómago nacía una sed infinita, que sólo era curable con varias botellas de agua mineral. Ordené mis pocas ideas sobrias y armé un plan para la recuperación, que seguí rigurosamente en las dos horas siguientes. Compré media docena de antiácidos, tomé dos consomés en el Corner y me recosté durante tres horas en el torito de los Baños Cousiño. Al final de esa terapia autoimpuesta, volví a caminar con seguridad y recorrí el camino más corto hasta mi departamento.

Al llegar, saludé de prisa a *Simenon*, tomé las cartas que estaban a la entrada, y sin abrirlas, avancé hasta el dormitorio y me dejé caer sobre la cama, sin fuerzas, dispuesto a varias horas de sueño y en lo posible, de olvido.

Desperté al ritmo de una mano que remecía suave e insistentemente mis hombros. Entre la penumbra de la habitación vi un rostro desconocido y escuché una voz leve, casi temerosa, que terminó por despejar los últimos efectos de la borrachera.

—¿Heredia? —oí preguntar.

Era una mujer joven. En su rostro anguloso destacaban sus labios brutalmente pintados de rojo y sus cabellos estaban recortados a centímetros de la piel, resaltando con ello sus facciones que parecían haber sido tomadas de un cuadro de Rafael Sanzio. Una belleza de virgen que acaba de ser seducida y se apronta a conservar el secreto. Vestía de negro. Vaqueros ajustados y polera con un estampado de John Lennon desde la que sobresalían sus pechos, como dos espadas que apuntaron a lo más hondo de mi deseo.

—¿Heredia? —repitió, al tiempo que retrocedía, como arrepentida de haber entrado a la habitación.

—Ése era mi nombre hasta anoche —dije.

—Griseta Ordóñez —agregó, más segura—. Y no necesitas hacer el comentario de siempre. Sé que es nombre de tango. Una ocurrencia de mi padre en el momento de inscribirme en el Registro Civil.

—Y de ángeles que despiertan a los solitarios —dije, y ella sonrió con aparente complicidad.

—¿Qué haces en mi pieza?

—En los casilleros del primer piso salía tu nombre —agregó, como justificando su presencia—. Subí y encontré la puerta abierta.

—No digas nada más por ahora. Dame tiempo para ducharme y enseguida conversamos.

Griseta sonrió, pero no hizo ademán de moverse.

—Estoy desnudo y quisiera llegar al baño.

–He visto a más de dos hombres desnudos en mi vida.

–¿Sí? ¿En la parvularia?

–Ése fue el primero...

–De todos modos, ¿puedes mirar por la ventana, diez o veinte segundos?

Griseta obedeció y se acercó a la ventana que permitía ver el patio ciego del edificio. Me cubrí con una sábana y salí del dormitorio lo más rápido que pude.

Quince minutos después regresé a su lado, limpio y en condiciones de mirarla de frente sin sentir vergüenza de mi aspecto. Griseta estaba sentada junto a mi escritorio que lucía extrañamente ordenado, y por un instante dudé si se trataba del mismo armatoste en el que me apoyaba todos los días.

–Era conveniente despejar el escritorio –dijo–. No había lugar ni para apoyar los codos. Cuando llegué tú dormías y decidí hacer algo útil mientras esperaba.

–¿Qué hora es?

–Faltan cinco minutos para las seis de la tarde.

–Medio día al carajo –murmuré. Luego encendí un cigarrillo y le ofrecí otro.

–No fumo –dijo–. Es la tercera estupidez del hombre actual, después de las papas fritas y los armamentos nucleares.

–¿Una chica lista?

–Lo suficiente para entender algunas cosas.

–Bien, chica lista, ¿qué te trajo hasta aquí?

–Vengo a verte por recomendación de mi hermano Juan Ordóñez.

–Ordóñez –repetí sin saber si la confusión nacía de los recuerdos asociados a ese nombre, o de la mirada inocente y atrevida a la vez de Griseta–. Voltaire, el último Mamburú.

–Y veinte apodos más que se ganó hasta...

–Supe de su muerte a través de un amigo común. En esos años no todo salía en los diarios, y además, se contaban tantas historias de él.

Griseta se quedó en silencio y por un instante pareció buscar algo sobre el escritorio. Hice una pausa con el pretexto de apagar el cigarrillo y pensé en Ordóñez. Año 1978 o 1979, siete de la tarde en la calle Matucana, arrastrando una valija llena de esos libros, que leía en la universidad y que le habían valido el mote de Voltaire, por sus conocimientos enciclopédicos; y también Mambrú, desde el día en que confesó a sus más íntimos que se iba a la guerra, porque a tres años del golpe militar, no creía que se produjera un pacto político entre los opositores a Pinochet. Necesito hacer algo que valga la pena, confesó antes de abandonar la escuela y desaparecer en el clandestinaje.

Esa tarde andaba en uno de sus habituales cambios de domicilio, renunciando a todo, menos a sus libros que lo ayudaban a soportar la soledad y esas ganas, locas según me confesó, de recuperar su espacio en la casa de su padre, junto a dos hermanos de su edad y una hermana pequeña que en esos días acababa de nacer.

—Veinte años. Lo conocí en 1975 —dije—. Casi todo lo que valió la pena vivir está cumpliendo veinte años.

—Los mismos años que tengo yo —dijo Griseta, observándome una vez más con sus ojos grandes—. Tenía nueve años cuando lo mataron. Lo veía poco, pero la última vez que lo hice me dejó una carta y le prometí que la abriría al cumplir dieciocho años. Era un relato de su vida, y en una de sus partes hablaba de ti. Si alguna vez necesitas ayuda, recurre a Heredia, decía.

Alguna vez Ordóñez me había pedido ayuda y tal vez por eso me consideraba de los suyos. Estaba aislado en una parcela de Peñalolén. Lo buscaban y no tenía cómo ni con qué defenderse. Me hizo llegar una carta en la que indicaba un sitio al cual debía ir a rescatar un bolso con armamentos. No lo pensé mucho y dos noches más tarde crucé varios potreros abandonados hasta llegar al escondite de Ordóñez. Fue tres horas antes que cercaran el lugar y se armara una balacera. Ordóñez estaba acompañado de seis amigos. Entonces no tenía ninguna experiencia con armas y sólo cuando me pasó una pistola tomé conciencia de la gravedad de la situación. Logré escapar con él y con otro de sus compañeros. El resto murió en la ba-

lacera y algunos días después aparecieron sus nombres en una breve nota de prensa. Dejé a Ordóñez en la calle Maipú y al despedirnos me regaló la pistola que desde entonces conservo.

–Me contaron que murió en Nicaragua –comenté–. Tuvo algunas divergencias con los de su grupo y se unió a la lucha de los sandinistas.

–Murió en un ataque de los Contras, en las afueras de Managua.

–¿Y tú? ¿A qué te dedicas?

–Hasta hace seis meses vivía con mis padres en Talca. Ellos son de Santiago, pero se trasladaron al sur después de lo sucedido a mi hermano. Pusieron un taller de confecciones y venden lo que fabrican en las ferias de la región. Yo terminé el liceo y trabajé de cajera en un supermercado. Cuando dejé a mis padres, viví en el departamento de una amiga; y ahora, he decidido hacerlo sola, en Santiago. Y para eso requiero de tu ayuda –dijo e indicó una mochila verde que estaba arrimada junto a la puerta–. Pretendo encontrar trabajo y estudiar en la universidad. Mis padres se oponen a que estudie. La historia de Juan los marcó y temen que si entro a la universidad siga su mismo camino. Tampoco les gustaba la idea de que viniera sola a Santiago.

–¿Y en qué te puedo ayudar?

–Necesito un lugar donde vivir hasta que encuentre trabajo.

–Soy un tipo solo y algo mañoso.

–No voy a darte problemas. Puedo mantener en orden el departamento o escribir cartas a máquina, si lo necesitas. Por lo demás, soy bastante quitada de bulla. Leo, voy al cine cuando puedo y me gusta escuchar música a un volumen moderado.

–Parece atractivo, pero...

–Mi hermano confiaba en ti –interrumpió Griseta.

–Vivo solo y no tengo tiempo para cuidar a...

–No soy una niña, Heredia.

No dijo nada más. La miré a los ojos y contra toda mi voluntad sentí que un sentimiento extraño me tomaba de las mechas y zamarreaba mis posibles resistencias. Ella se puso de pie y se acercó a mi lado, hasta casi rozar mis mejillas.

—¿Me quedo o no? —preguntó.

Hice un gesto de conformidad, y cuando ella sonrió complacida, llamé a *Simenon* que observaba la escena desde lejos.

—Tengo una pieza desocupada y algo que se asemeja a un catre de campaña.

—Será suficiente por unos días. Soy capaz de dormir en cualquier rincón y mis cosas, que no son muchas, caben de sobra en la mochila.

—Te lo advierto que en esta casa no suele haber comida. Sólo latas para abrir y pan envasado.

—Me las arreglo bien en la cocina.

—Y éste es *Simenon* —agregué, mostrándole al gato.

—Me gusta —dijo Griseta—. Aunque tenga aspecto de malas pulgas.

—¿Verdad? El noventa por ciento de las mujeres lo odia.

Griseta sonrió y se acercó a *Simenon*.

—«Deseo que en mi casa haya una mujer razonable —cité—. Un gato deslizándose entre los libros, y amigos de todas las épocas, sin los cuales no puedo vivir».

Griseta me observó sorprendida y sonrió.

—Es una cita de Apollinaire —dije.

—Interesante —comentó Griseta, y dudé que dijera la verdad.